



## GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

### I.

#### CARLITOS.

Carlitos es un amiguito que yo tengo. Niño de doce años, hijo de un hombre que cifra toda su dicha en instruir á sus hijos, es Cárlos un sabio pequeñito, un niño instruido como yo quisiera que fuerais todos, queridísimos lectores.

Empero, no por ser un hombrecito ha perdido Cárlos, mi amiguito, su antiguo amor al juego; y todas las tardes se reúne con varios compañeros, todos de su edad, alguno tal vez mayor que él, se reúne, os digo, en el jardín de Rafael, íntimo camarada, con quien comparte sus juegos, con quien pasa agradables ratos, ya de juego, ya de estudio, ya de una y otra cosa, resolviendo, creó que sin advertirlo, un problema importante, cual es el de *jugar instruyéndose*.

Mi querido amiguito es muy estudioso; no hay día que no sepa perfectamente todas sus lecciones; no hay

noche que no estudie siquiera durante dos horas; pues dice él, y en esto tiene muchísima razón, que no tendrá otros bienes que sus conocimientos ni otras riquezas que la carrera que sigue; es decir, que empieza, y que ha de ser su refugio en el porvenir y el amparo de su familia, buena y cariñosa, que le ama entrañablemente.

Cárlos quiere seguir la carrera de ciencias, pues dice que tiene vocación para la enseñanza, y que quiere ser catedrático. De aquí viene que sus amigos y camaradas le llamen *Cárlos el profesor*, nombre que este admite gustoso, y que parece querer justificar, puesto que no pierde ocasión de instruir á sus amigos, comunicándoles sus conocimientos.

No hace muchas tardes, una de las del florido mes de Abril, Cárlos llegaba, como de costumbre, á casa de su amigo Rafael, y como al entrar le dijese que éste y sus compañeros acababan de bajar al jardín, dirigióse á éste inmediatamente no sin saludar á la apre-

ciable familia de su compañero, de quien era muy estimado, tanto por sus buenas prendas, no despreciables por cierto, cuanto porque su carácter era el más á propósito para que Rafael fuese comprendiendo el mérito de Carlitos, y para que insensiblemente fuera adquiriendo los buenos hábitos y bellas cualidades que á éste adornaban.

Yo no sé, queridos y pequeños lectores, lo que Carlitos tenía en sí; pero sí puedo aseguraros que todos le querían, que todos se disputaban á porfía el ser su amigo, y que era, en fin, amado por todos, sin ser aborrecido por nadie. Os he dicho que ignoro la causa de esto; pero aunque no tengo completa seguridad de que sea así, debo deciros que el amor de todos hacía tan buen niño, debía reconocer por causa las cualidades excelentes que le adornaban, sus conocimientos, no muy comunes para su edad, su aplicación constante y nunca desmentida, y últimamente, una modestia sin igual, y una afabilidad tan grande para todos, que le cautivaban todos los corazones.

Hay, niños míos, algo bueno en el mundo que debe imitarse. ¡Ojalá que cada uno de vosotros quiera ser otro Carlitos enteramente igual, si no mejor que mi joven y estimadísimo amiguito!

Este, pues, bajó al jardín la tarde ya ántes mencionada, y una salva de aplausos y un ¡hurrah! general, fué el saludo que sus compañeros le dispensaron á su llegada.

—¡Aquí está Carlos; ya tenemos todo lo que nos hace falta!

Hé aquí lo que exclamaron á una voz Rafael y los demás que con él estaban en el jardín.

—Sí; aquí estoy ya, queridos compañeros, aquí estoy ya pronto á con-

cederos lo que vosotros queráis exigir de mí. Ya sabéis que nunca os rehusé nada de lo que pueda seros útil, así como jamás convengo con vosotros en aquello que pueda acarrearos perjuicio.

—¡Vamos á jugar á la pelota! exclamó uno de los niños llamado Luis.

—¡No, exclamó otro llamado Estéban; hoy debemos dedicarnos al trabajo y labranza del pequeño trozo de tierra que tenemos pensado sembrar!

Cada uno hubiese probablemente manifestado su opinión, si Rafael, que había aprendido de mi amigo, no hubiese impuesto silencio á sus camaradas, y dicho lo siguiente:

—Méenos justo sería hacer lo que ha propuesto Luis, y más provechoso aún acceder al deseo de Estéban; pero bien sabéis que se acerca el tiempo en que debemos tener exámenes en nuestro colegio, como también lo atrasados que nos hallamos en geometría. Ya que aquí nos reunimos todas las tardes, y que Carlos por sus estudios particulares está muy adelantado en dicha ciencia, yo os propongo que nuestro amigo nos dé lección de dicha asignatura, aquí en amistad, donde no tenemos que temer sus iras de maestro ni sus reconvenciones ó castigos. Aquí en este cenador, donde ahora estamos reunidos, podemos establecer la cátedra; si todos aprobáis mi pensamiento, yo creo que Carlos no se negará á ser nuestro catedrático de geometría.

—¡Sí! ¡sí! exclamaron unánimes todos los niños; queremos aprender la geometría, pues Carlos no será riguroso para nosotros que seremos muy buenos discípulos.

Convengo en ello, respondió mi ami-

guito, queridos compañeros, yo seré vuestro profesor; durante todas estas tardes que vengamos al jardín, yo procuraré exponeros la ciencia, más como entretenimiento que como enseñanza. Tócaos, á vuestra vez, estar atentos á lo que yo os diga, para que mi trabajo no sea inútil, y podais hacer un lucido papel en los próximos exámenes de vuestro colegio. En cuanto á esta tarde, como quiera que queda tan corto tiempo de luz, os propongo no empezar la lección y sí dejarla para mañana, en que empezaremos nuestro trabajo como si un juego fuese el estudio que vamos á emprender.

Ahora, pues, paseemos, y quede para mañana la primera lección de geometría.

Sí, paseemos, dijeron todos, sea esta la última tarde de juego y paseo, puesto que ya mañana debemos empezar una nueva vida de estudio.

Y así lo hicieron, y Carlos, Rafael y los demás compañeros tomaron por una de las calles del jardín, entretenidos en amistosa conversación y haciendo mil cálculos sobre la futura cátedra de geometría.

Nosotros, pues, les dejaremos pasear, que ya los volveremos á encontrar en la tarde siguiente.

EDUARDO TUILLIER.

## EL CUERVO, LA PALOMA Y LA NIEVE

(FÁBULA)

Con afán el más protervo  
Rovolcábase agitado  
En un monte muy nevado  
Cierta negrísimo cuervo.

Una paloma que leve  
Rovolaba por allí,  
Preguntóle por qué así  
Se restregaba en la nieve.

El dijo: «por Belzebú,  
Que voy contigo á ser franco:  
Quiero teñirme de blanco,  
Y ser lo mismo que tú.»

Ella repuso: «ya oí;  
Pero te engañas quizás,  
Pues negra la nieve harás

Sin blanquearte ella á ti.»

Y así en efecto ocurrió,  
Pues la nieve, á su contacto,  
Dejó de serlo en el acto,  
Y en agua se resolvió.

Y el agua, mirada en suma  
Sobre la pluma del cuervo,  
Resultó ¡dolor acerbo!  
Tan negra como su pluma.

Lo mismo, caro lector,  
Sucede siempre en mi juicio,  
*Si se roza con el vicio  
De la inocencia el candor.*

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.





## EL GODO Y EL AGARENO

ROMANCE HISTÓRICO

(Conclusion)

IV.

EL PACTO.

Absorto por mucho tiempo  
 En graves dudas penas  
 Que la mente le agitaban  
 Como el ábrego las olas,  
 Quedó el árabe gallardo  
 Cuya faz su lucha copia,  
 Sin notar del mensajero  
 La marcha majestuosa.  
 A la ciudad que circunda  
 Otra vez los ojos torna.  
 Y observa que por momentos,  
 Apiñadas nuevas tropas,  
 Las altas torres, las crestas  
 De las murallas coronan,  
 Y á defender sus hogares  
 Resueltas están y prontas.  
 ¡Oh! ¡qué lucha tan horrible  
 Su pecho noble destroza  
 Entre su instinto guerrero  
 Y su bondad generosa!  
 Como valiente soldado  
 Quiere de la lid la gloria:  
 Como prudente caudillo  
 Guardar sus gentes le toca.  
 Y unas veces su mirada

Relumbra amenazadora,  
 O apacibles pensamientos  
 Revela tranquila en otras.  
 Hasta que viendo con ansia  
 Que ya sus huestes son cortas  
 Para conseguir lidiando  
 Clara, indudable victoria;  
 Queriendo el bien de los suyos,  
 Pues la muerte no le importa,  
 Resuelve aceptar el pacto  
 Que le ofrecen en buena hora.

Sus más fieros capitanes,  
 Sus mufties de más nota,  
 Para urgente y grave caso  
 A su presencia convoca.  
 Reunidos allí en consejo,  
 Y en contienda calorosa  
 En que todos por el triunfo  
 De su parecer abogan;  
 Despues de narrar en breve  
 De la embajada la historia.  
 Sus temores manifiesta,  
 Revela lo que ambiciona;  
 Y con tanto ardor se explica,  
 Tal resolucion denota,  
 Que exceptuando algun jeque  
 De faz fanática y torva,

Ninguno de los que escuchan  
 Negar su dictámen osa,  
 Decidiendo por fin todos  
 Que un ajuste se proponga.  
 Y sobre su misma tienda  
 Que descuella de entre todas  
 Iza una bandera blanca  
 Que al viento trémula flota.

—

Ya desparce el nuevo día  
 Su luz que el cielo colora;  
 Cuando en un lugar ameno,  
 Sobre pintoresca loma,  
 Júntase con Abd-al-Ázis  
 En la tienda más vistosa  
 Un caballero cristiano,  
 Jóven, de gentil persona.  
 Y como de su caudillo  
 Representante se nombra,  
 Pacto de amistad ajustan  
 Que verá la edad remota.  
 En él jura el agareno  
 Por Alláh, que es la victoria,  
 No hacer guerra á Teodomiro,  
 Ni á quien por suyo conozca;  
 No arrebatarle su reino,  
 Ni apartar de sus esposas  
 Á los cristianos, ni hacerles  
 Cautivos, ni en cuanto es obra  
 De su ley causarles fuerza,  
 Ni á los templos en que adoran  
 Á su Dios ponerles fuego;  
 Y del mismo modo otorga  
 Que Teodomiro gobierne  
 Siete ciudades famosas  
 En que será respetado,  
 Y son: Balentina, Auriola,  
 Lecant, Mula, Biscret,  
 Aspís y la noble Lórca;  
 Y á ser fiel, y á dar tributos  
 Se obliga la gente goda.  
 Apenas firmado el pacto,  
 Habla el árabe en tal forma:  
 «Partir, caballero, puedes;  
 Y, si hacerlo no te enoja,  
 »Di á tu esforzado caudillo  
 Que anhelo, en paz y con honra,  
 Verle, y estrechar su diestra  
 De la muerte precursora.»  
 Y el caballero responde,  
 Mientras su faz se sonroja:  
 «Abd-al-Ázis, el anciano

Que paz te propuso honrosa,  
 Y el mozo que habla contigo  
 Son una misma persona:  
 Teodomiro que gozoso  
 Su mano te alarga pronta.»  
 Cuánto se alegra Abd-al-Ázis,  
 Y su gente el caso encomia,  
 En un banquete de amigos  
 Lo dicen de allí á dos horas.

—

Por las calles de Orihuela  
 Torcidas, tristes, angosas,  
 El ejército agareno  
 Entra con bélica pompa.  
 Los añafles resuenan,  
 Los atambores redoblan,  
 Los clarines vocingleros  
 El sereno ambiente asordan.  
 Banderas de toda clase  
 Brazos fornidos tremolan,  
 Capellares y alquiceles  
 Confusion alegre forman.  
 En huestes bien ordenadas  
 Marchan soberbias las tropas,  
 Con capitanes al frente  
 de temeridad notoria.  
 Allí entre todos descuellan,  
 Porque en pelear se gozan,  
 Varios jóvenes que Arabia  
 De sangre ilustre pregona.  
 Otzman el de garzos ojos,  
 Habíd el de faz hermosa,  
 Abulcacín el osado,  
 Edrís el de fuerzas locas.  
 Pero á todos oscurece,  
 Con su apostura y su gloria,  
 El gallardo hijo de Muza,  
 Que un corcel de fuego monta.  
 Notando al punto el caudillo  
 Que las calles están solas,  
 Y que muy pocos soldados  
 Godos los muros coronan,  
 Así dice á Teodomiro:  
 «¿En dónde están tus famosas  
 Legiones que ayer veía  
 Dando á la ciudad custodia?»  
 Y Teodomiro responde  
 «Mi nuevo engaño perdona:  
 No eran valientes guerreros,  
 Sino mujeres medrosas  
 »Que empuñando enormes lanzas,  
 Vistiendo lucientes cotas,

Tornando barba el cabello,  
Huestes fingieron heróicas.»  
Todos con lealtad aplauden  
Astucia tan ingeniosa;  
Y en premio el árabe al godo

En sus brazos aprisiona.  
Pues los caudillos que muestran  
Que en la lid valor les sobra,  
Con la astucia del prudente  
Conquistan nueva aureola.

ANTONIO ARNAO.

## LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Nuestros héroes continuaban su marcha, cuando Francisco, que iba á la cabeza, prorumpió en una exclamacion, que fué repetida por sus compañeros. «¿Qué es aquello? dijo Francisco, ¿son cuernos? Sí... No... Son dos orejas, ó por mejor decir, cuatro, no, seis orejas.» Todos repitieron lo mismo, y Alberto añadió: «Si no me engaño, es la burra del molino con sus borriquillos. Hé aquí una division de caballería.» «Tú lo has dicho Alberto, prorumpió Francisco con voz inspirada. «Hé ahí una division de caballería, que será la nuestra, para nuestra gloria y la derrota de nuestros enemigos.» Y luego continuó diciendo: «No quiero en este momento prevalerme de mi empleo de general en jefe, apoderarme de la mejor montura, y sin pensar en que uno de vosotros tendria que seguirnos á pié, arrojarme á la cabeza de mi caballería sobre el campamento enemigo. Tal vez tendria el derecho de hacerlo, pero aparto léjos de mí esta idea egoísta. ¿Cuál es nuestro objeto? La victoria. Es preciso saber sacrificarse á la necesidad de obtenerla, y yo quiero esta noche daros el ejemplo. Rodolfo, en recompensa de la energía y vigilancia

que has mostrado al estar de centinela en los puestos avanzados, te nombro general de toda mi caballería. Pablo y Alberto, vosotros le obedecereis como á mí mismo; no podriais tener un jefe más valiente.» (Pablo y Alberto tambien hubieran querido ser *generales* de la caballería, pero era preciso saber sacrificarse: Francisco lo habia dicho, y daba el ejemplo; no habia, pues, más remedio que obedecer y callarse). «General de la caballería, prosiguió Francisco, ocupaos en organizarla. A un hombre de vuestro talento no hay nada que decirle, y me bastará recordarle que con los ronzales con que esos animales están atados á las estacas pueden hacerse bridas, y que los famosos jinetes númerados entraban en combate sin silla y sin estribos. En cuanto á mí, amigos míos, al dejaros, no sin sentimiento, el brillante papel que os está reservado, voy á marchar sólo á pié, á traves de la oscuridad de la noche, hasta el estanque que domina el campamento enemigo, haré saltar la compuerta por medio de esta palanca (y enseñaba un palo que habia cogido poco ántes), y dando libertad á las aguas, inundaré en un instante á ese ejército que pa-

rece dormirse en la embriaguez de su triunfo.

Si escapan de la inundacion será para caer bajo vuestros golpes, porque entonces aparecereis vosotros, y lanzando vuestros corceles á la carrera por entre las filas enemigas, vereis cómo el terror nos los entrega completamente vencidos, sin que puedan esperar nada que no sea de nuestra clemencia y de nuestra generosidad. Adios, amigos míos. Adios, general. — Adios, Francisco, nuestro amigo, nuestro jefe,

adios, ó mas bien hasta la vista, hasta luego. Rodolfo, Pablo y Alberto estaban vivamente conmovidos por el valor y la abnegacion de Francisco: poco les faltó para decirle que era *más grande que el mundo*, pero como la frase se habia ya dicho por otros en diversas circunstancias, esto hubiera sido un plagio, y ellos preferian legar á la historia hechos más bien que palabras.

Francisco partió. Despues de muchos trabajos, llegó detras del estanque, que era lo único que le separaba de Jorge.



El estanque era bastante ancho, y aunque Francisco podia oír las voces, le era imposible distinguir las palabras y comprender su sentido. Por otra parte, la compuerta se hallaba precisamente del lado del estanque que daba frente al campamento, y estaba más cerca del enemigo. ¿Qué hacer? Empinándose Francisco podia ver los fuegos de su antiguo vivac al otro lado del puente y los que el enemigo habia tambien encendido precisamente al pié de la percha que ostentaba su gorra, y cerca de los cuales los vencedores hablaban con una tranquilidad que produjo en Francisco una risa amarga, y le hizo augurar bien del éxito de su empresa.

Sin perder un momento, se dirigió á gatas, llevando su palanca entre los dientes hácia la compuerta, que esperaba quitar de un solo golpe; pero... ¡cuál no fué su sorpresa cuando en el momento que ménos lo pensaba se encontró cogido en un dédalo de cuerdas y de hilos, y oyó el sonido de una porcion de campanillas y de vasos rotos, seguido de los gritos de «¡A las armas! ¡El enemigo!» dados por Jorge, Carlitos, Roberto y Enrique. Lo que pasó entonces apenas puede describirse. Tales fueron el tumulto y el desórden. La caballería, brillantemente capitaneada por Rodolfo, al oír los gritos del enemigo, se figuró que Francisco habia realizado su

atrevida empresa, y que habia llegado el momento de secundarle lanzándose á la carga. Así, pues, entró á escape en el campamento de Jorge, barriendo y arrollando cuanto encontró á su paso.

## XI.

¡BOMBA!

Vosotros no sabeis sin duda cuál era la causa de encontrarse en aquel sitio las cuerdas, campanillas y cascós de botella que habian hecho á Francisco tan flaco servicio. Aquel mecanismo habia sido ideado por Carlos, que era el mismo diablo, y que en aquella guerra parecia destinado á ser el ángel malo del general enemigo. Carlitos, que como hemos dicho, era muy listo, no sosegó hasta que vió rodeado su campamento de una verdadera red de cuerdas, á las que tuvo buen cuidado de atar todas las cosas que creyó que podrian hacer ruido en caso de que alguien se acercara. Así es que el pobre Francisco al caer en aquel lazo, no pudo ménos de armar un estrépito infernal, que fué la señal de alarma para Jorge, Roberto, Enrique y Carlitos, los cuales se le hubieran reido en sus barbas, si las hubiera tenido, y si la carga de la caballería de Rodolfo les dejara tiempo. El bueno de Carlitos tenía entre sus cualidades la de ser perseverante en sus principios y creer que no se ha hecho nada hasta que no se ha concluido lo que se tiene comenzado. Lo mismo que sus compañeros, se vió obligado á ceder ante la carga de pretal dada por Rodolfo; pero si se re-

tiró, fué para replegarse hácia un costado, emboscarse entre las ramas y ver lo que podia hacerse en medio de la general consternacion que se habia apoderado de los suyos. Contó los jinetes, vió que Francisco no estaba entre ellos, se preguntó dónde podria estar, y se propuso encontrarlo. Una idea rápida como un relámpago cruzó por su imaginacion. Francisco no podia ménos de ir á recobrar su gorra. Y al pensar esto, echó á correr á escape hácia el lado en que se encontraba aquel trofeo. Ya era tiempo. Francisco llegaba ya, aprovechando las sombras de la noche. En un momento, Carlitos, aprovechándose de la delantera, derribó de un puntapié la percha, cogió la gorra y fué corriendo á tirarla al riachuelo.

Después de tomar esta medida, Carlitos volvió hácia el lado del campamento, donde el combate parecia volver á empeñarse, porque Jorge, Roberto y Luis habian hecho un movimiento ofensivo, y ya se veia correr por el campo un borriquillo sin jinete, lo que probaba que la tercera parte de la caballería habia sido desmontada.

Francisco, al llegar cerca de la hoguera, encontró la percha derribada; no sospechó la suerte que Carlitos habia deparado á su querida gorra, pero se figuró que la habian escondido ó se la habian llevado en la fuga para evitar que la recobrara. Era preciso arrancarla á viva fuerza de manos del enemigo, ó hacer confesar á un prisionero, por medio del tormento, el sitio en que se encontraba. Esto suponiendo que se cogiera alguno.

(Se continuará.)



## TIPOS DE ALDEA



El santero.

## ADVERTENCIAS ÚTILES A LOS NIÑOS

## EL ELEFANTE

—No, Carlitos; José está muy amarillo y enfermo porque le dió hechizos una vieja.

—¿Y qué son hechizos, Eduardito?

—Yo no lo sé; pero lo dijo el tío Ruperto, que nos manifestó un día que cuando hay truenos es porque corre el caballito de Santiago.

—Oye, José está malo porque una noche que le dejó su madre solo en casa, los *duendes* le tiraron piedras y

pedazos de platos, que le daban en la cabeza y en el vientre y no le hacian daño, pero le iban secando, secando... como se encuentra hoy...

—Yo digo que le han hechizado.

—Pues yo afirmo que han sido los duendes.

—Que no.

—Que sí.

—¿Dices tú más verdad que yo?

—Sí, más que tú.

—Habrador.

—Embrallon.

—¿Qué disputa es esa, hijos míos? Parece que estais incomodados y que os amenazais... Eso no es propio de niños bien educados...

—Es que...

—Porque el...

—Antes de todo, daros un abrazo, y que sea esta la última vez que olvideis que la *ternura*, el *cariño* y la *afabilidad* son las perlas de la infancia.

Reconciliados los niños, y enterado su preceptor, que fué el que los reprendiera, del motivo que les habia disgustado, les habló en estos términos:—«Dios, hijos míos, nos ha dado un alma para buscar el conocimiento de las cosas, sin lo cual no podemos apreciar el poder, la sabiduría ni la bondad de Dios; no podemos cumplir sus benditos preceptos, no podemos distinguir el bien del mal, ni atender á nuestras necesidades y las de nuestras familias. Dice un refran «el que tontamente peca, tontamente se condena,» porque todos tenemos obligacion de instruirnos en nuestros deberes, evitando ser juguetes de los hombres sagaces y ambiciosos.

Ciertamente que no habriais reñido por duendes ni hechicerías, si ejercitárais la razon ó recordarais lo que han dicho acerca de esto los hombres sabios y virtuosos, y sobre todo la doctrina cristiana.

Dime, tú, Eduardito, ¿un buey podrá volar cuándo y como quiera?

—No señor.

—¿Y por qué?

—Porque el aire no lo mantiene, y daria un terrible porrazo en el suelo.

—Y eso ¿quién te lo asegura?

—La razon.

—Muy bien. Si te dan una fuerte pedrada en la cabeza ¿sentirás dolor?

—¡Vaya si sentiré! ¡caramba!

—¿Y por qué no habian de sentirse las pedradas del duende ó del fantasma? ¿Por qué has de creerlo que se opone á la razon? ¿Por qué has de creer lo que los sabios virtuosos niegan, lo que nuestra santa religion condena? No hay tales hechizos, ni tales duendes, ni tales patrañas. La doctrina cristiana nos veda creer en esas cosas, y el reverendo P. Feijóo, el sabio del siglo pasado, ese lucero de nuestra religion divina, se reia de ellas, juzgándolas de este modo: «*Duendes, esto es, demonios juguetones, chocarreros, que no hacen otra cosa que andar moviendo trastos, tirando chinas, espantando la gente con terrores inútiles ó divirtiéndola con bufonadas indiferentes, digo: que no los hay, ni los ha habido, por que Dios no permite al demonio esas apariciones.* (Tomo III, discurso 4.º)»

—El Señor premie á V. el bien que nos hace en instruirnos, estimado profesor.

—Nos han engañado como á dos bobos.

—De hoy en adelante ya pensaré yo...

—Muchas veces os he dicho, y en este momento os lo repito, que tengo bastante placer en contestar á vuestras dudas: hasta la palabra más insignificante que no comprendais, me la consultareis. Si lo que leais y se os explica, no lo ve claro vuestra inteligencia, será inútil que leais y que oigais. Volviendo á la cuestion del pobre José, tened entendido que la causa de su enfermedad, es su miseria. Huerfanito de padre, vive en una barraca con su madre anciana á orillas de una albufera,

cuyas aguas corrompidas producen tercianas, que son las que tienen como difunto al desgraciado niño.

—¡Ah!... ¡triste José!

—Yo le diré á mi padre que les dé una casa para que la habiten.

—Y yo le diré al mio, que se los traiga á mi jardin, que tiene una casa muy bonita.

—Esos caritativos sentimientos, merecen, amados niños, mi estimacion y la gracia de Dios. Ya procuraremos librar á Pepito y á su desvalida madre del contagio en que viven. En muestra de lo grata que me es vuestra compasion, ofrezco llevaros mañana á ver un *elefante*, á este coloso del reino animal.

—¡Qué alegría! yo no lo he visto nunca.

—Y yo tengo hace tiempo muchas ganas de admirarlo; más contento voy á recibir en verlo que si me regalaran diez cometas.

—Amable profesor, ¿quiere V. darnos alguna idea de la figura y de los instintos del *elefante*?

—No tengo inconveniente, y ménos cuando mi explicacion puede aumentar vuestra curiosidad, y seros útil. En los animales, hijos míos, se refleja principalmente la bondad de Dios para con nosotros, sometiéndolos á nuestro servicio, y al par nos sirven de recuerdo en muchos de nuestros deberes olvidados, y en los sentimientos morales que no practicamos. Oidme, atentos. El *elefante*, esa enorme masa de carne que hace temblar la tierra con sus pisadas, es tal vez el más grande y más feo de los animales, pero el más diestro y más inteligente; lo que nos enseña, hijos míos, que es malo juzgar por las apariencias, pues bajo un

exterior precioso y elegante, puede abrigarse un fondo de maldad, ó al contrario. Se encuentra este enorme animal en las costas orientales de África y en las partes meridionales de Asia.

—Por la geografía parece que vemos esos sitios.

—Tienen los mayores *elefantes* sobre diez y siete piés de alto por otros tantos de largo, y consumen diariamente como *ciento sesenta* libras de yerba.

—¡Ave María, si Dios no hubiese criado tanta yerba en todas partes!

—Se asegura que viven hasta *doscientos* años en estado de libertad. Su cuerpo no puede doblarse por ser muy grueso: tienen pequeña la cabeza, de donde les sale una trompa muy larga y flexible, que les hace el mismo servicio que á nosotros las manos. Sus ojos son brillantes y vivos, aunque pequeños, y los dirigen con amor hácia el que los cuida. Tienen excelente oído: sus orejas son grandísimas, y les sirven para limpiarse los ojos y preservarlos de las moscas y el polvo. Les gusta sobremana la música.

—Ya digo yo que son buenos.

—Sí, sí, ya recordamos que nos manifestó V. que todo el que le gustaba la música tenía piadosos sentimientos, y si no que era un malvado.

—Ya quiero yo á los *elefantes*...

—Tienen un olfato exquisito y gozan con el aroma de las flores. Tienen la piel dura y callosa; con su trompa arrancan los árboles, y con un empellon de su cuerpo hacen temblar las paredes. Llevan sobre su lomo una torre armada y cargada de muchos hombres, aunque su peso llegue á *cuatro mil libras*... Con sus enormes colmillos de marfil hacen frente á los más terribles animales.

El *elefante*, que es un mónstruo que aloja toda idea de instinto previsor, está dotado de un sentimiento generoso y amable. No olvida nunca los beneficios que se le hacen... ¡A cuántos niños y hombres *desagradecidos* recuerda el *elefante* la divina virtud del agradecimiento á Dios, á nuestros padres y bienhechores!... El elefante expresa su reconocimiento con las más fervorosas señales de afecto y de cariño. Es dócil y muy solícito para servir á su amo, y queda recompensado de su ímprobo trabajo con tal que su dueño le haga una caricia que le demuestre que está satisfecho de su celo.

—Pues, señor, es un *hombre de bien* el *elefante*, y cuando lo veamos le he de llevar una rosca.

—Y yo un pedazo de queso.

—Dos dias necesitaria yo, hijos míos, para hablaros de la perspicacia y de mas prendas del sorprendente animal. Tanto como le agrada el buen trato, le irrita que le castiguen sin merecerlo. Se acuerda de las ofensas, y si puede, toma venganza, no sin dar cabida á la generosidad. Os contaré algunos hechos del *elefante* en corroboracion de lo explicado. Un *elefante*, cansado del mal tratamiento de su conductor, lo mató. La mujer de este infeliz, que presenció la sangrienta venganza, cogió dos hijos que tenía, y loca, los arrojó á los piés del animal, diciéndole: «ya que has muerto á mi marido, quítanos la vida igualmente á mí y á mis hijos.» El *elefante* se sosiega, y como arrepentido, cogió al niño mayor, y se lo colocó en el cuello, no permitiendo que otro fuese su conductor mientras vivió.

Se cuenta que un soldado, siempre que cobraba el plus, llevaba una ra-

cion de comida al *elefante*. Embriagado un dia, y huyendo de un jefe, se arrojó bajo el *elefante*, que le defendió hasta salvarle la vida. Tambien se refiere que, llevándolo un dia á darle agua, al pasar por frente de una zapatería, uno de los oficiales le clavó una lesna. No se irritó el noble animal: bebió tres veces más cantidad de agua que la que necesitaba, y al regresar á su habitacion, encontrándose frente á la puerta de la zapatería, principió á arrojar agua sobre el calzado, inundándolo todo, para enseñar al travieso zapatero á tener mejores intenciones con los animales.

—¡Bien merecido!... ¡bien! ¡vaya un animal discreto!

—Estoy por darle un abrazo cuando lo vea.

—Este animal es tan complaciente como acariciador: vuelve con la trompa los mayores halagos por el bien y caricias que le dispensan; se somete con gusto á la direccion de su amo; él mismo ayuda á que lo carguen, se deja vestir, y se le conoce la alegría más extremada si lo engalanan. Cuando en el estado de libertad caminan los *elefantes*, el más anciano va al frente y los guia, el segundo en edad cierra la marcha, y los jóvenes y débiles van en el centro, en donde van tambien las madres, que cuando están criando llevan á sus hijos abrazados con la trompa... Basta por hoy, queridos niños, mañana cumpliré mi palabra, y vereis al pacífico animal de que os he hablado.

—Le estamos á V. muy agradecidos, venerable profesor, y procuraremos que el *elefante* no nos recuerde este sentimiento que V., Dios se lo pague, nos inspira.

GABRIEL FERNANDEZ.

## LOS LIBROS DE PREMIO



Julio, hijo de una familia medianamente acomodada, era muy amigo de Juan, uno de sus camaradas de la escuela Pia, cuyo padre era un pobre obrero.

Julio y Juan tenían buen carácter, mucha inteligencia y la misma aplicación uno que otro. Eran los primeros en la clase, y los mejores amigos del mundo.

El padre de Julio había querido que su hijo fuese á la escuela de los pobres para que aprendiese á amarlos. Y en efecto, Julio quería mucho á sus discípulos, y tuvo el acierto de elegir por amigo al más pobre, pero al mejor de todos. Siempre estaban juntos; Julio partía con Juan las golosinas, el papel, las plumas, todo; Juan defendía á Julio, si algún chico malo,—que siempre hay chicos malos, por desgracia,—se atrevía con Julio, que era débil y tímido. Eran dos hermanos más que dos amigos.

Julio, fuera de las horas de clase, no se separaba de su familia; Juan solía salir solo, porque su padre tenía que servirse de él para ciertos recados.

Un día, su padre le dió 40 rs. con encargo de llevarlos al dueño de una tienda á quien los debía. Juan, después de haber envuelto el dinero en una punta del pañuelo, salió para hacer el recado. En el camino encontró unos chicos conocidos que estaban jugando en la calle como unos perdidos. No pudo resistir á la tentación de dar unos cuantos brincos con aquellos chicos. Estaban divertidos en un juego en el que se necesitaban varios pañuelos, y Juan

tuvo la imprudencia de ofrecer el suyo; pero antes de entregarlo se guardó los 40 rs. en el bolsillo, que ni estaba acostumbrado á guardar dinero, ni muy bien cosido por cierto. Jugó, corrió, saltó, se divirtió grandemente, y cuando llegó luego corriendo á la tienda donde había de entregar el dinero... el dinero se le había perdido.

Figuraos cómo se quedaria el pobre chico. Volvió por el mismo camino á buscar el dinero. ¡Digo! ¡buscar 40 reales en la calle!

El pobre Juan fué á contar su desgracia á Julio, que en seguida empezó á pensar cómo salvaría á su amigo. Reunió todas sus economías, y no pasaban de 12 rs.

¿Qué hacer en aquel apuro?

Julio hubiera podido pedir á su mamá los 40 rs., pero era descubrir la falta de su amigo, y eso no se atrevía á hacerlo. Juan salió desconsolado de casa de Julio, y se fué á recorrer las calles por donde había pasado, con la esperanza de encontrar todavía los dos duros en medio de un adoquín, y sin atreverse á presentarse delante de su padre.

Julio entre tanto pensaba cómo podría favorecer á su amigo. ¡Ah! ¡si hubiese tenido como el rey Mídas el poder de transformar en oro todo lo que tocaba! Estaba rodeado de cosas de valor, y no podía disponer de 40 rs. Sus juguetes valían mucho más, pero no podía disponer de ellos, porque realmente no le pertenecían.

De repente, fijó sus hermosos ojos en un pequeño armario donde tenía sus

libros, y entre estos los de premio.

—Sí, exclamó, de estos libros puedo disponer; son míos; los he ganado con mi trabajo, y bien me darán por ellos cuarenta reales.

Y fué á coger los libros de premio, pero su mano tembló, y se detuvo. ¡Eran tan bellos aquellos libros! ¡Le ufanaba tanto tenerlos allí como testimonio de su aplicacion!... Y hacía bien en quererlos tanto, porque nada hay tan bueno y digno de estimacion como lo que se ha ganado con el trabajo. Los libros de premio que se dan á los niños son la mejor conquista, el mejor recuerdo.

Sin embargo, Julio tuvo valor, y cogió los libros y los sacó del armario. Púsolos sobre la mesa y los abrió, miró las láminas, leyó cien veces en la portada aquellas letras doradas que decían:—*Premio á Julio Mendez*. Recordó el día que los había recibido, la alegría que había sentido, los besos de su madre... y se echó á llorar.

En fin, hizo un esfuerzo, cerró los libros, los ató, y los besó como á un amigo á quien se despide para mucho tiempo, y se dispuso á llevárselos cuando fuera á la escuela. El pobre chico no pensaba bien lo que hacía, porque no tenía derecho tampoco á disponer de sus libros de premio, á pesar de ser ganados por él, y cometía una falta

que sus padres le habrían de reprender.

Dudando estaba todavía, cuando entró su mamá en la habitacion, y al momento notó la turbacion de su hijo y conoció que había llorado.

Julio no sabía mentir, y no necesitó hacer su mamá muchas preguntas para que cantase de plano.

—¡Hijo mio! exclamó la buena señora, abrazándole. ¡Ibas á hacer el sacrificio de privarte de tus libros! Y todo por hacer un favor á tu amigo, á tu prójimo. Hijo mio, bendiga Dios tu buen corazon. Guarda tus libros, no te separes nunca de ellos, que esos son tus mejores amigos, y toma los cuarenta reales; ve á llevárselos al pobre Juan.

No hay para qué decir que Julio corrió á sacar á su amigo del apuro.

Y cuando volvió á casa, encontró en su mesita dos tomos de *Los Niños*, que su madre le había comprado magníficamente encuadernados.

—Pon esos libros, le dijo, junto á los que ibas á sacrificar; los has ganado como ganaste los que te dieron de premio; los unos los debes á tu trabajo y al cariño de tus maestros, y estos que te doy los debes á tu buen corazon y al amor entrañable de tu madre.

Se me olvidaba decir que Juan no volvió ya á detenerse en la calle á jugar con los chicos.



## AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

*En los adultos debe educarse el entendimiento;  
en las jóvenes el corazón; en los niños la  
voluntad.*

*No hay insensatez mayor que la del avaro:  
adquiere para tener, y no disfruta de lo que  
tiene.*

*Siempre el que exige más, suele ser el que  
concede menos.*

*Si buscas esposa, elige la que valga menos  
que tú.*

*La ambición está siempre en razón inver-  
sa del merecimiento.*

*Sabio es el que menos ignora; ignorante  
el que menos sabe.*

*No es rico el que tiene más riquezas, sino  
el que con más medios cuenta para  
adquirirlas.*

*Al destino rigoroso  
Humillad vuestra cerviz:  
Quien nunca ha sido infelice  
No es digno de ser dichoso.*

*Cayetano Rosell*



El Sr. Rosell, segundo jefe de la Biblioteca Nacional, es un escritor concienzudo y de grande y profunda instrucción, autor de estimadísimas obras bibliográficas, históricas, científicas y literarias, que le han dado

gran autoridad entre las personas doctas.

Honra el Sr. Rosell al cuerpo de archivos y bibliotecas, y en la Nacional presta utilísimos y distinguidos servicios al lado del director del mismo es-

tablecimiento, el eminente escritor don Juan Eugenio Hartzenbusch, con quien le une una amistad fraternal.

Ha escrito algunas obras para el teatro con suma correccion y delicado gusto.

Su ilustracion, su pureza de lenguaje y gran conocimiento del idioma, y sus útiles obras, le valieron ser elegido académico de la Española, cuyo honroso cargo desempeña asídua y dignamente.



Este niño tenía guerra declarada á las letras, y ver el Catón le producía un terror muy grande, pero su mamá se suscribió á Los Niños, y esto ha bastado para que su hijo mire ya con más simpatía las letras.

El quiere, sobre todo, saber lo que significan las láminas, y es claro, para saberlo, ha tenido que aplicarse á leer. De este modo su madre encuentra ya fácil lo que ántes era penosísima tarea; el niño pone de su parte una buena voluntad, y va á ser seguramente uno de los niños que mejor leen aquí y en Valladolid.

Para perpetuar el recuerdo de este milagro que ha hecho Los Niños, y para que sirva de estímulo á otros, ponemos aquí una viñeta alusiva á tan brillante suceso.